

CAPÍTULO 6  
ELEK' NOJK'ETAL: LADRÓN DE REFLEJOS  
XUNO LÓPEZ INTZÍN

La tierra que me vio nacer

La comunidad donde nací se llamaba originalmente Xojlej, pero en la actualidad pocas personas se acuerdan de ese nombre. La palabra tsel'tal *xojlej* significa en español “cañada”. Este lugar se encuentra en dirección a donde nace el sol en primavera, en el municipio de Jobeltoj (Tenejapa, Chiapas), a treinta kilómetros de Jobel<sup>1</sup> o San Cristóbal de Las Casas.

En esta comunidad crecí en medio de la milpa y del bosque. El olor a humedad de la tierra, lo tengo presente cada vez que llueve, aunque hoy quedan ya pocos pájaros de aquellos que solía escuchar trinar por las mañanas y las tardes. A la Madre Tierra poco a poco la han descubijado; por ejemplo, antes para llegar a la cabecera municipal se caminaba alrededor de una hora, hoy en carro se hace entre quince o veinte minutos.

En las tardes de temporada de lluvia, se puede ver desde mi comunidad la neblina que sube desde Cruzch'en y envuelve las casas del pequeño pueblo encrucijado entre los cerros. La neblina va cubriendo a la gente como si la convirtiera en parte suya, primero la cabeza, luego el cuerpo y finalmente los pies que se pierden lentamente conforme se alejan. Es como caminar por el cielo entre las nubes. La neblina allí se anida y cuando llega la noche, desaparece.

En el resto del año, las nubes aparecen en el pueblo cada mañana, salen por la boca de una cueva donde dicen que alguna vez entró una

mujer alta, vestida de blanco, con cabellera frondosa y larga, cuyos pies no pisaban el suelo. Si pasas solo al medio día por allí, dicen que a la entrada de la cueva escucharás cantar un gallo. Así crecí entre historias y susurros que salían de los caminos, montañas y pequeños ríos de mi comunidad.

Luego de haber aprendido las primeras letras en Xojlej o La Cañada, Jobeltoj, comencé el otro escalón de mi vida. El primer día de clases en la secundaria me perdí. Don Antonio Intzín Girón, intendente de la escuela, me encontró detrás de un salón que no era el mío. Después de que me preguntó si venía a clases, me llevó de la mano hasta el salón que me correspondía. Al entrar me sonrojé, sobre todo porque ya no había butacas.

Con pozol en el morral, por tres años caminé cortando veredas para ganarle los pasos al *Ch'ul Tatik*, Padre Sol, para llegar a tiempo. Un día, cuando terminé de tomar el último trago de pozol, me coqueteó la idea de entrar al seminario para formarme como sacerdote católico, aunque realmente no sabía en qué consistía. Lo que tenía claro era que quería seguir con mis estudios y para eso me fui a Jobel, San Cristóbal de Las Casas.

Logré entrar al seminario conciliar de la diócesis de San Cristóbal, donde estuve sólo un año. Los primeros meses fueron difíciles para mí; extrañaba a mi mamá a quien dejé llorando cuando me fui de mi casa. Del mismo modo, añoraba a mi papá y caminar con él por las veredas de cada comunidad de Jobeltoj.

Después del año, me trasladé a otro seminario y me fui a Tepatitlán, una ciudad alteña del estado de Jalisco, como dicen los oriundos de ese lugar. Antes de que llegara el día de partir, estaba muy emocionado y cuando llegó el momento, me despedí de mis papás y mis hermanos. Era como si me fuera para siempre; mi papá se quedó triste, mi mamá y mis hermanos llorando. “¡No lloren, volveré!”, les dije con un nudo en la garganta. Cabizbajo tomé una pequeña mochila con una muda de ropa y uno que otro libro y me fui con mis documentos en la mano.

Era a mediados de agosto y con el singular clima de la zona, llegué a la terminal de la Cristóbal Colón empapado. Aunque estaba muy nervioso por viajar solo, no era de sudor; me cogió la lluvia. Temblando abordé el camión y por suerte me tocó ir solo en el asiento. Al principio sentí mucho frío y con las curvas que hay entre Jobel y Tuxtla por la carretera vieja, mi corazón y mi mente le hicieron caso a mi mareo; fue una experiencia horrible.

Al llegar a la ciudad de México, nadie me esperó en la terminal de autobuses, la TAPO. Abordé el primer carro del taxista que me dijo: “¡Taxi, taxi!” Éste me llevó a una casa y al llegar, me cobró doscientos pesos, eso fue en 1990. Cuando le dije que sólo llevaba cien pesos, me dijo: “¡Qué pendejo eres, móchate con el reloj y bájate!” Hice lo que dijo y para colmo, me dejó en otro lado. Caminé tres horas para llegar a la dirección donde tenía que ir.

En Tepatitlán, comencé a estudiar la preparatoria en un colegio de monjas, donde casi todos los días iba con traje. Nunca quise estar en ese colegio pero aunque pugné por estudiar en la preparatoria del estado, no me quisieron cambiar.

### El reencuentro

Al estar lejos de mi familia, poco a poco me perdí. Si es que alguien me ayudaba con el pasaje, venía cada año a visitar a mis papás, dado que ellos no podían apoyarme económicamente. Cada día me sentía lejos de

mi pueblo y de mi principal núcleo de formación, mi familia. Esta lejanía me llevó a negar y ocultar mi ser, mi identidad, aunque mi modo de hablar me delataba a cada rato.

Cuando alguien me preguntaba de dónde era, contestaba: “De San Cristóbal”. Algunos me respondían irónicamente: “¿A poco en San Cristóbal hablan así el español?” A lo que respondía que sí. Después me acostumbré a escuchar por parte de mi maestro: “Pero si tú bajaste del cerro a tamborazos”. Al principio no entendí qué quería decir con eso, hasta me reía; después comprendí lo despectivo de la frase.

Por otra parte, en el colegio me tocó un profesor que siempre me ponía de referencia cuando hablaba de Chiapas y especialmente de los “indios”, como decía. Que eran buenos trabajadores, que no se quejaban como los blancos y que podían comer hasta cosas podridas, pero que había que tener cuidado con ellos porque son montoneros, tercicos, vengativos y muy supersticiosos y, remataba con su frase: “¡Así que tengan cuidado con Juan!”

Estando en medio de un mundo que no era mío, mi corazón se fue endureciendo. Aparentaba lo que no era y comencé a adoptar otra identidad. Quería ser *kaxlan* o mestizo, negando mis raíces, mi origen, mi cultura y mi lengua; incluso llegué a sentir vergüenza de ser quien soy.

En esta búsqueda de identidad que puede ser común entre los jóvenes de dieciséis ó diecisiete años que quieren aparentar ser lo que no son, transité en la confusión, pero fuera de mi núcleo familiar. Y cuando creí haberme encontrado en el Otro que nada tenía que ver conmigo, me llegó el trancazo.

Algunos de mis compañeros, tanto del seminario como del colegio, sabían quién era yo y de donde venía; entre ellos estaban Oswaldo, Ramón, Set, Alejandra, Martha e Irene con quienes compartí momentos de paseo, canto y música. Resulta que una tarde le tocó a mi amigo Oswaldo con quien hacíamos equipo en el básquetbol y siempre ganábamos, estar en un equipo contrario al mío. Al final de la tarde perdió su equipo. Cuando los ganadores, como equipo, estábamos festejando, Oswaldo se acercó y

mirándome a los ojos me dijo delante de mis compañeros: “¡Felicidades, pinche indio!” Tal felicitación fue para mí un balde de agua helada que me dejó congelado. Lo que hice fue sentarme y llorar ante aquella brutalidad verbal ejercida por un compañero que no esperaba. Luego de varios días me puse a reflexionar y en ese proceso me llegó el *ch’ulel*,<sup>2</sup> es decir, tomé conciencia de mi ser tseltal; fue como si me abrieran de nuevo los ojos.

Esta experiencia me llevó a otro proceso: recuperar mi nombre en tseltal, es decir, a llamarme Xun. Consideré, sin embargo, que ya no era sólo uno más de la comunidad, pues no a todos les han dicho “pinche indio”; además, mis papás y mis abuelos no saben cuál es el origen y significado de dicho nombre, pues por costumbre quien lleva el nombre de Juan, automáticamente le ponen Xun. ¿Por qué? Quién sabe, aunque posiblemente sea una adaptación fonética como las que se hacen de Pedro a Petul y de María a Maruch o Xmal.

En cierto sentido, lo que me había pasado es que me había rebelado contra mis patrones culturales. Pero a partir de aquel suceso, noches enteras las pasé en vela escuchando a mi corazón y dialogando con la razón. El *ch’ulel* que estuvo fuera de foco por un tiempo, se enfocó y ahora estaba nítido. Entonces supe quién era. ¿Pero cómo llamarme, simplemente Juan, Xun, o cómo? Después de un largo trecho, concluí llamarme Shuno, así lo escribí pues no sabía como se escribía en tseltal. Xuno, para mí, en verdad significaba: “reencuentro en la tormenta” o “él que se reencontró”. Ante el desconocimiento de la grafía en tseltal, por un tiempo escribí mi nombre como Chuno, pero finalmente como Xuno. Lo importante fue que en definitiva, me reencontré. A partir de entonces, cada vez que me presentaba con gente nueva, les decía que era tseltal de Tenejapa y que mi nombre en tseltal era Xuno. Comencé a ver las cosas de otro modo, se liberó mi corazón y al mismo tiempo se fortaleció.

Después de mi reencuentro conmigo mismo en 1992, estando en la ciudad de Tepatitlán, supe por mi hermana que mi papá estaba en la cárcel, acusado de “sedición y asesinato”. En mis vacaciones de verano

lo visité en el reclusorio; se encontraba en el exconvento de La Merced, ahora Museo del Ámbar. Nos dio gusto vernos. Lloré por la emoción de verlo con bien y por la impotencia de no saber qué hacer por él en ese momento. Él ya llevaba dos meses allí y me enseñó luego algunos morrales que había aprendido a hacer con otros reclusos. Estuvimos platicando mucho rato; me comentó que a muchos de sus compañeros los torturaban y que en algún momento podrían hacer lo mismo con él. Por fortuna, durante su estancia en la cárcel no le hicieron nada, salvo obligarlo a lavar baños.

A raíz de que le mostré algunas fotos de mi vida como seminarista, se acordó de una que le regalaron y que la tenía guardada en un morral. Me pidió que se la llevara a la cárcel, pues eso le podría servir para probar su inocencia, ya que él se encontraba en una ceremonia el día que se cometió el crimen que le estaban imputando. Dicha foto podía ayudar, ya que traía impresa la fecha en que fue tomada.

Después de haber estado casi una década en el seminario en donde constantemente escuchaba que mi tarea era “convertir a los impíos”,<sup>3</sup> me retiré de dicha institución, pues fui descubriendo que no tenía la vocación para liberar o colonizar espiritualmente a mi pueblo.

### Buscando los pasos de mi abuelo

Los años que estuve fuera de mi entorno familiar y comunitario, me indujeron a conocer más a mi cultura, la lengua que hablamos y, especialmente, a mi abuelo, el *muk’ul tatik* o papá grande, como le decíamos a él. Este proceso también me llevó a platicar más con mi papá sobre mis abuelos; aunque él se había quedado huérfano de mamá a los seis años, me platicó de ella lo que llegó a conocer por medio de mis tíos.

Después de haber conocido a mis abuelos por lo que me decían mi papá y mis tíos, comencé a dialogar más con mi *muk’ul tatik* sobre su vida y escuché de él que había sido un buen *jpoxil* u “hombre medicina”.

Mi abuelo recorrió varios municipios de Los Altos de Chiapas para curar o preparar a los enfermos para su bien morir. Así empecé a conocer la otra cara del *muk'ul tatik*.

Detrás de su permanente sonrisa y sus pasos de anciano cariñoso que siempre nos quiso, había un dolor enorme y una herida profunda en su corazón. Sin duda, fue un gran curandero. Este don se le reveló en un sueño a temprana edad. Decía que a lo mejor tenía veinte años cuando aprendió a curar; que apenas contaba con tres hijos y que los familiares del primer enfermo que curó, también soñaron que él los ayudaría. Mi abuelo me contó que le daba mucha pena curar; pues no sabía decir nada.

Cuando le pregunté a mi abuelo cómo había aprendido a curar y por qué dejó de hacerlo, me contestó:

Se me reveló en un sueño: en él fueron por mí y me trajeron al cabildo. Cuando llegué, encontré a mucha gente, unos gritando, otros llorando. A mi arribo me dijo un anciano: "Aquí está mi pueblo, mi gente y mis hijos que te necesitan. ¡Te harás cargo de ellos!" Le respondí: "Pero si no sé nada, ¿yo qué voy a hacer?" Todo el pueblo me decía: "¡Tú nos vas a cuidar, tú nos vas a ver!" Después, una mujer sacó de su red una jícara con agua y me dio de beber. Pasaron los días, hasta que un día alguien me abordó en el camino para pedirme que curara a su familiar enfermo. Ante su insistencia llegué a su casa y después de unos tragos de *pox*,<sup>4</sup> tomé la mano del enfermo; al instante mi sangre se comunicó con la de él, habló conmigo y me asustó mucho. Pero oculté bien mi miedo y no se dieron cuenta. Muerto de miedo, sembré las velas, me hincé y comencé a pedir a la Madre Tierra, a los *tatab*, guardianes del *lumk'in* (del universo), que le quitaran la enfermedad. Finalmente supe como curarlo.

Conforme avanzaron los años, mi abuelo también me confió que sufrí mucho cuando le comenzaron a hostigar los conversos, allá por los años

sesenta. Le exigieron que dejara de practicar "eso", argumentando que nadie sobre la tierra tiene el poder de curar: "¿O acaso eres un anticristo o el mismo *pukuj* (el diablo)?", le interrogaban. Hasta que un día, su corazón dudó y él cayó gravemente enfermo. Cuando estaba al borde de la muerte, mi papá, en aquel entonces ya converso, trajo a los catequistas y otros feligreses a su casa para pedir por la salud de mi abuelo. Sin que supiera que pasaba, lo bautizaron, mientras que él luchaba por su vida "en otro mundo" en donde se encontró con el anciano que le había dado el don de curar unos cincuenta años atrás. Y este anciano le preguntó: "¿Por qué me abandonas?" Y él le respondió: "¡Lo siento mucho! Aunque mi corazón está muy triste, te devuelvo lo que un día me regalaste".

Conociendo la historia del *muk'ul tatik*, el papá grande, sentí la necesidad de contar con un registro de sus hazañas y de ese modo contar con él para siempre, pues consideré que podía aportarme muchos saberes de su vida, historia y experiencia. Al mismo tiempo, sentí añoranza por conocer a mi abuelita y saber más de mi comunidad, mis orígenes, la raíz que me sostiene. Creí que mis hijos algún día sentirían lo mismo y comencé a tomar fotos a mis abuelos, papás y tíos.

### El hallazgo

En un pasaje del *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas, los gemelos Hunahpú e Ixbalanqué descubren en un recoveco de su casa la pelota que sus papás dejaron ahí muchísimos años atrás, cuando partieron a Xibalbá. Esta pelota sintetizaba una parte fundamental de su vida. Con ese hallazgo, los gemelos descubren que ellos también son buenos jugadores de pelota y que les está encomendada la gran misión de completar lo iniciado por sus padres.

Como ellos, cuando yo era pequeño, también encontré algo que, sin saberlo en ese momento, resultó fundamental para mi vida posterior y que encauzó mi vocación profesional y fortaleció mi compromiso con mi gente. En una esquina de la casa donde vivía con mis papás, encontré

una mica que contenía algunos documentos religiosos viejos. En medio de ellos hallé una foto en blanco y negro, en la que se ven dos jóvenes: ella vestida con elegancia, con un velo en la cabeza y sus pies descalzos; él con zapatos de hule, *ts'ibal tsots* o jorongo negro de lana, calzón de manta y faja tejida. Al lado del joven, un hombre y al lado de ella, una pareja. Todos vestidos a la usanza antigua de Jobeltoj. Los jóvenes, al igual que los dos hombres, están mirando a la cámara, la mujer ve hacia abajo.

Muchas lunas pasaron, vi sembrar y crecer al *ixim* o maíz en primaveras enteras y su cosecha en otoño. Al volver de la milpa, en temporadas de elote, la familia se pone a asarlos alrededor del fogón. Además de estar atentos de la batalla que libran los granos tiernos con el fuego, en ocasiones mis papás comentaban de su vida. Y uno de mis hermanos les preguntó: “¿Ustedes, cómo se casaron?” Antes de que alguno de los dos contestara la pregunta, comenzaron a hablarnos de la vida que tuvieron previamente. Nuestra mamá contó que para que ella aprendiera a hacer las tortillas, en varias ocasiones nuestra abuelita le envolvió las manos con tortillas recién salidas del comal. Nuestro papá dijo que creció como mozo en varias fincas del Soconusco. Al final, nos confiaron que mi abuelita no quería a nuestro papá de yerno por haber sido huérfano, por ser un joven sin dinero; es más, ella lo comparó con cosas de la cocina que ya no sirven. Nuestro papá completó la historia diciendo que él fue solo a pedir la mano de nuestra mamá, y que a duras penas la abuela le abrió las puertas de su casa y que le quería pegar: “Cuando nos casamos, su abuela no estuvo de acuerdo, estaba enojada”, nos dijo.

Sobre la foto que hallé, no dije nada; supuse que eran mis papás, mis abuelos maternos y mi abuelo paterno viudo. Antes de casarme con Laura, regresé a la casa de ellos y conseguí aquella imagen para darme alguna idea de cómo llevar a cabo una ceremonia tradicional para mi boda. La mica ya no estaba donde encontré aquella foto muchos años atrás. En otra esquina de la casa vieja, se encontraba un costal de plástico amarrado; le pregunté a mi mamá qué había pasado con la mica y ella me dijo que no sabía nada. Busqué en todos lados y finalmente encontré la foto toda

arrugada. ¡Qué alivio, porque sabía que esta foto podría servir! Regresé a Jobel y de ahí me fui a la ciudad de México con Laura a conocer a su familia. Estando allá tuve la oportunidad de conocer al cuñado de ella a quien le pregunté si sabía dónde mandar a reparar fotos. Él me contestó que la podría digitalizar pero que se la tenía que dejar. Creo que sentí algo raro al tener que dejarle una foto tan importante para mí, pero finalmente quedó digitalizada. Hoy la conservo como un gran tesoro y de algún modo me hace pensar que tal vez mi historia familiar me llevó a incursionar en el campo de la fotografía.

En la actualidad, cada vez que puedo, tomo fotos a todos y de todo, especialmente a mis abuelitos maternos que todavía viven, así como a niños y ancianos. Creo que sus manos, pies y rostros pueden decirnos algo de su vida, de la historia de sus lugares y pueblos, pues son como veredas y caminos que se trazan en su piel dándonos algún mensaje.

### ¡Miren a ese *elek' ch'ulelal*, ladrón de almas!

Al principio se conjugaron en mí sentimientos de pena, vergüenza, miedo y orgullo al tomar una cámara fotográfica en mis manos. Haber apretado el botón y escuchado el zumbido, me causaba cierto placer que después se convertía en ansiedad ante la duda de ¿cómo irá a salir la foto? Ansiedad que crecía ante la pregunta de los fotografiados: “¿Cuándo la podemos ver?” Cabe decir que el máximo de familiaridad que yo entonces tenía con la cámara fotográfica, se remitía a haber jugado con los *flashes* quemados en forma de cubo que recogíamos con mis hermanos, cuando uno de mis tantos primos los tiraba después de usarlos.

Cuando salí de mi comunidad a finales de los ochenta, el movimiento social e indígena cobraba auge en varios puntos de la geografía chiapaneca y mi pueblo no estaba al margen de eso. Por lo que a mí toca, a pesar de que estaba incomunicado de algún modo por estar en el seminario, en mi primer año de vacaciones, uno de mis hermanos me enseñó algunas

fotos de marchas y plantones en San Cristóbal de Las Casas (Jobel) y Tuxtla Gutiérrez, la capital del estado. Por fortuna, él contaba con dos cámaras y le pedí que me prestara una. Con ella comencé a fotografiar mi vida en el seminario y uno que otro viaje. A mi retorno a Jobel, cuando me retiré del seminario, encontré a los de Jobeltoj en un plantón, incluyendo a mi familia. En casa, sólo encontré a mi abuelo y fue cuando comenzamos a platicar de mi regreso. Después de un tiempo, me confió por qué dejó de ser *jpoxil*.

Normalmente, mi abuelo iba los días jueves a la cabecera municipal de Jobeltoj y aprovechaba su estancia para quemar velas en la iglesia. Algunas veces, lo acompañé en esos días de mercado y en su andar le tomé fotos. El tumulto me miraba con cierta extrañeza por estar fotografiando a un anciano que no decía nada. Cuando alguien se percataba de los flashazos, murmuraba: “¡Miren a ese *elek’ ch’ulelal!*” Luego de unos instantes, llegaban algunas autoridades a decirme que estaba prohibido tomar fotos dentro del templo, y hasta querían quitarme la cámara. Ante tales prohibiciones, les contestaba en tseltal que lo único que había hecho era fotografiar a mi abuelo. Él sin dirigirse a ellos, me tomaba del hombro y decía: “¡Vamos, hijo!”

En aquellos años comencé a conocer más a mi pueblo, asistí a las fiestas tradicionales que celebraban y, especialmente, al *Tajimal k’in* o carnaval. También descubrí que ya conocía algunos miembros de los mayordomos, especialmente los músicos y organizadores del *Tajimal k’in*. Con ellos fue mi primer acercamiento. Don Miguel López y don Agustín Luna son músicos que ejecutan el tambor, la corneta y la flauta en todas las fiestas porque son casi los únicos que quedan con este oficio. Ellos me dijeron: “Tu eres el hijo de don Alonso López, ¿A poco ya regresaste al pueblo?” “¡Sí, ya regresé!” “¡Qué bueno que nos visitas en nuestra fiesta!” dándome a entender que era bienvenido en la celebración. Después de tomar *chicha*<sup>5</sup> con ellos, me pidieron que les tomara fotos, pues llevaba una cámara en la mano, evidentemente con el riesgo de que los otros me la quitaran.

Ese mismo día, allí encontré a una de mis tías junto con algunos de sus hijos participando en la celebración del *Tajimal k’in*. Conversé mucho rato con ellos sobre mi regreso y sobre los retratos que ya había hecho de mi abuelo. Mi tía me expresó que le gustaría tener una copia como recuerdo. Ella y sus hijos me dijeron que estaban felices porque los llegué a visitar en el *Tajimal k’in* y me pidieron que les tomara fotos. Ese día, se me acercaron otros carnavaleros a pedir que los retratara. Al día siguiente, regresé con fotos en mano, mismas que circularon entre los hacedores de la fiesta. Al menos con ellos se me abrieron muchas posibilidades para trabajar; aunque no siempre y no con todos los *bankilaetik* que son quienes organizan la fiesta y cambian cada año.

Entrar a otros círculos en la vida ceremonial y tradicional de mi pueblo, no es nada fácil. Muchos sabemos que los santos que festejan los pueblos originarios en Chiapas son resultado tanto de la conquista como de la colonia. A pesar de que estas imágenes de los santos no tienen nada que ver con las deidades que tenían nuestros más primeros padres y madres, en Jobeltoj son considerados una parte íntima de los mayordomos. Por lo tanto, registrar en foto algún mayordomo o algún santo, era y es una falta que se repara con multas tales como algunos litros de *pox*, cajas de refresco o incluso la cárcel. En el peor de los casos, te quitan la cámara. Por cierto, en varias ocasiones observé cómo los mayordomos y carnavaleros se le amontonaron a ciertos turistas por haber tomado a escondidas fotos en Jobeltoj.

En algunas fiestas, cuando caminaba por el pueblo, uno que otro cargador de las imágenes me pedía que le tomara su foto al recorrer las calles del pueblo. Pero en varias ocasiones terminamos discutiendo, pues los mayordomos consideraban que tomarle la foto a un cargador de las imágenes era robarle el *ch’ulel* del santo. En una ocasión durante la celebración de la festividad del patrono del pueblo, un *ts’unojel* o rezador antes de que yo comenzara a tomar fotos, para evitar que se molestaran tanto las deidades como los hacedores de la fiesta, realizó una ceremonia en donde dijo lo siguiente:

... Venimos a ti, sagrado padre  
Venimos a ti, sagrada madre  
Florido padre, florida madre  
Quebrantaremos tus ojos floridos  
Quebrantaremos las flores de tu rostro  
Venimos a decir, dueño mío  
Que está aquí el sacador de imágenes  
Que está aquí el guiñador  
Que tu cabeza no se moleste por eso  
Que tu corazón no sienta envidia  
No pienses que es un ladrón de almas  
No pienses que es un ladrón de reflejos  
Que es tu engendro, que es tu hijo  
Átale el espíritu de tu ángel  
Cúbrele el rostro de tu ángel  
Que no se comience a preocupar su corazón  
Por la luz  
Por las centellas  
Del mismo modo, mira su caminar  
Por donde pasa  
Por donde cruza  
Que no mueva nada  
Que no tire nada...

### La imagen como memoria colectiva

Desde que regresé a Chiapas en 1996, influyeron en mí los sucesos sociohistóricos que estaban ocurriendo; además de mi interés por documentar la vida de mi familia y de las fiestas de mi pueblo, también comencé a registrar los foros de trabajo a los que convocaba el EZLN. Posteriormente, las peregrinaciones del Pueblo Creyente<sup>6</sup> que exigían justicia por lo sucedido en Acteal, municipio de Chenalhó, en diciembre

de 1997. Al igual que en mi pueblo, allí también me enfrenté con algunas dificultades para llevar a cabo tales registros, ya que no pertenecía a ningún medio de comunicación u organización civil y no conocía a nadie. Sin embargo, poco a poco, fui superando tales problemas.

A raíz de la masacre perpetrada en Acteal, algunas personas me invitaron a traducir instrucciones de dinámicas y juegos que sirvieron como terapias grupales para que los sobrevivientes de la masacre trabajaran de modo colectivo su dolor. Ahí se abrieron otras posibilidades para mí. Además de fungir como traductor en lengua tsotsil, me permitieron tomar algunas fotos, especialmente a los niños y niñas con quienes hacíamos dinámicas y dibujos como parte de la terapia que algunas personas de organismos no gubernamentales implementaron. Recuerdo haber compartido con algunos sobrevivientes su dolor; escucharlos era difícil pero más aún ver sus rostros que mostraban un corazón herido. ¿Llorar junto con ellos o captar las expresiones de su dolor? Tal vez ya lo había decidido mucho antes: tomar esas fotos significaba contar con rostros de niños, niñas y adultos con inscripciones que dan cuenta de un hecho lamentable e inolvidable.

En 1998, a mi paso por la asociación civil Melel Xojobal, tuve la iniciativa de tomar fotos de las actividades que hice con los niños trabajadores en "situación de calle", así como de reuniones de trabajo con otras asociaciones que también laboran con niños de la calle. Una inquietud frecuente de los niños era la imagen de su rostro. "¡Quiero ver mi rostro en el papel!", decían algunos. Otros simplemente eran indiferentes o mostraban inconformidad por haberles "robado su rostro". En aquellos años, era difícil acercarse a los niños vendedores, hijos de expulsados de San Juan Chamula o a aquellos provenientes de colonias que apenas se habían establecido a raíz del levantamiento armado en 1994. La consigna era que no debían juntarse con nadie que no fuera conocido por ellos. El gancho desde Melel fue llevar a cabo actividades lúdicas y la fotografía. A los niños les gustaba mucho jugar, pintar y cantar, así como mirar fotos de otros lugares y de ellos mismos, les fascinaba.

En el 2001, comencé a laborar en el Centro Estatal de Lenguas, Arte y Literatura Indígenas (CELALI). Comencé a fotografiar en los eventos del CELALI, aunque estrictamente hablando no era parte de mi trabajo. Después de dos años, los directivos me ofrecieron asumir la coordinación del Área de Medios Audiovisuales, espacio en donde me hice cargo de documentar en fotografía casi la totalidad de las actividades que desarrolla el Centro.

Al estar en esta área, también he tenido la posibilidad de llevar a cabo registros en video de ceremonias y rituales diversos de las comunidades y pueblos originarios de Chiapas. Estas actividades y los encuentros con rezadores, músicos y danzantes de diversos puntos de la geografía chiapaneca, me han permitido conocer más de la espiritualidad y del pensamiento de los pueblos originarios. Y también he entendido que la documentación, tanto en video como en fotografía, de las prácticas ancestrales de los pueblos mayas y zoque de Chiapas, en algún momento formará parte de la memoria histórica de éstos como de la humanidad, dado que los cambios socioculturales que se están dando en la actualidad tienden a desplazar brutalmente el modo de vida y pensamiento de los pueblos.

Algunos grupos están tomando conciencia de esta problemática. De pronto me llegan demandas para videografiar fiestas tradicionales, ritos o ceremonias en espacios sagrados o documentar la vida de algún artista, sea músico, alfarero, tejedor, etcétera. Cuando tengo esta oportunidad, normalmente les pregunto a la gente por qué están interesados en que se les registre su actividad y por lo general me comentan: "Vemos que quedan pocas personas que muestran interés en lo que hacemos. La gente ha cambiado; muchos ya tienen otras creencias y los jóvenes que se van, regresan con otras ideas y hablan de manera diferente..." Con eso he entendido que es importante para ellos contar con registros de sus prácticas rituales, ceremoniales y artísticas. Con ello se podrían conservar y preservar algunas de las manifestaciones culturales de los pueblos y dejar para la posteridad lo que quizá esté destinado a transformarse para siempre.

En esta labor he tenido algunas experiencias que me siguen marcando. Por ejemplo, de mi pueblo me han llegado a visitar personas para solicitarme fotos de autoridades tradicionales que ya fallecieron o personas interesadas en conocer alguna tradición arriban requiriendo información al respecto. Recientemente, me abordó un mayordomo de Jobeltoj para pedirme la foto de uno de sus hijos que le tomé en una ceremonia. Este hijo tenía un cargo en el pueblo, pero no culminó su periodo. Forzado y desesperado por la situación que vivía, apagó la vela de su vida, pero el reflejo que le robé con la cámara queda como testigo de su existencia y el cargo que tenía. Al igual que esa vela, se apagarán otras y con ellas se irán, no sólo los rostros de personas con inscripciones de su vida, sino toda una cultura y el andar de un pueblo. Ojalá, en el atardecer de mi vida, haya robado y capturado tantos reflejos como pueda y que ellos contribuyan al conocimiento y la preservación de la cultura y las lenguas de nuestros pueblos que se enfrentan a la ferocidad de los embates del mundo actual.

## Notas

<sup>1</sup> En el presente capítulo, como en el resto del libro, Jobel se escribe con "b" ya que es una palabra tsotsil que quiere decir "pasto" o "zacate".

<sup>2</sup> *Ch'ulel* en tselal denota "espíritu" y "conciencia", también es la energía que mueve las cosas y anima. Nosotros creemos que todo ser tiene *ch'ulel*, ya que en nuestra cosmovisión no existen seres animados e inanimados; las piedras, las plantas, los árboles, los animales diminutos y los grandes tienen *ch'ulel*. En nuestra cultura decimos que al nacer se trae un *ch'ulel* que vendría siendo el alma. Existe otro *ch'ulel* el cual crece conforme el ser humano evoluciona y va adquiriendo experiencia de vida. Este otro *ch'ulel* es una construcción colectiva, comunitaria y social que nos permite pensar y discernir nuestros actos. El *ch'ulel* puede estar o no; por ejemplo, cuando la persona está distraída y su pensamiento está en otro lado, decimos: *Baem xch'ulel*, es decir, que su conciencia está en otro lado aunque su cuerpo está presente, pero su *ch'ulel* no. Para regresarlo se le pregunta: *Banti baem a ch'ulel?*, que quiere



decir: "¿Dónde está tu conciencia?" El *ch'ulel* al que hago referencia aquí, es el de la conciencia que me hizo reencontrar y revalorar mis raíces.

<sup>3</sup> Así solían decirme cuando se referían a los creyentes tradicionalistas, especialmente de mi pueblo.

<sup>4</sup> *Pox* es un aguardiente, bebida fermentada y destilada a base de caña, que tiene un uso ceremonial y religioso importante.

<sup>5</sup> Bebida tradicional que en Tenejapa sólo se acostumbra hacer en los días de la celebración del *Tajimal k'in*. En los tiempos antiguos, era hecha a base de maíz, pero en la actualidad es hecha de azúcar de caña fermentada.

<sup>6</sup> Llámese Pueblo Creyente al movimiento eclesial católico de base que surge desde las comunidades indígenas, los sectores populares y el movimiento de mujeres creyentes.

### Agradecimientos

Por esta oportunidad de compartir quiero agradecer a:

La *jMe'tik jKaxailtik*, Madre Tierra, *Pacha Mama*, por guardar mis pasos.

La Vida por regalarme su hálito.

Mis abuelos que viven en mí, por compartirme su palabra.

María y Alonso, mis progenitores, por dejarme volar y respetar mis decisiones.

Laura, por realizar mis sueños, sostén de mi universo, corazón donde descansa mi *ch'ulel*.

Alux y Xuno, porque son mi inspiración para documentar la cultura de mi pueblo que algún día conocerán.

Josefina, por compartir, cosechar y velar en otras tierras mi sueño.

Johanna, por compartir sus fotos con mi familia e inspirarme para conocer otros mundos mediante la imagen.

Enrique Pérez, por confiar en mi trabajo.

Al *mol* Andrés Aubry, por compartir conmigo sus reflexiones y sueños.

Simone, Maribel y Monika, por compartir conmigo sesiones de locuras.

Pati, Xmal, Gaby, César, Yare, Sabás, Raymundo, Rocío y familia, por enseñarme a valorar lo que hago, lo cual me ha ayudado a cultivar mi *ch'ulel* y me ha permitido soñar un mundo diferente.

Especialmente a este colectivo, a cada una de las personas que lo integran: Damián, Rie, Chawuk, Xochitl, Pedro, Ronyk, Axel, Lola, José Alfredo, Pedro Agripino y Andrés, por compartir los momentos de su vida conmigo, por abrir su corazón y pensamiento y porque anhelamos que nuestras historias contribuyan al conocimiento de nuestras expresiones culturales y al caminar de nuestros pueblos.

Mis reconocimientos especiales a Xochitl y Axel, por los esfuerzos que han mostrado para construir otro modo de saber y conocer.